**Un sentido por conquistar**

 “Una persona humana es realmente tal, cuando busca el sentido de su única e irrepetible existencia”. Victor Frankl: *El hombre en busca de sentido*

El hombre, dijo alguna vez Octavio Paz, todo pude soportarlo, todo menos la falta de un sentido para su vida. Somos tiempo que nos construye y somos, a la vez, constructores de tiempo. Es en nuestro tiempo donde reposa ese significado que somos, y cuyo hallazgo será, sin duda, uno de los nortes que deberá guiar nuestra existencia. Para descubrirlo deberemos comenzar por alcanzar cierta perspectiva temporal que nos aparte de las percepciones inmediatas y nos permita vivir en el de las representaciones duraderas.

Podremos, así, conquistar convicciones que apoyen nuestros pasos, acciones, proyectos; establecer respuestas personales contra el error, contra el absurdo, contra la acechante monotonía de la reiteración; orientar verdades que nos ayuden, en fin, a descubrir qué nos resulta justo o importante o esencial.

Se populariza en nuestros días un término muy peculiar: “resiliencia”. Él procede de la física y alude a la capacidad de los cuerpos para recuperar su forma original tras haber sido sometidos a la violencia de fenómenos que pudiesen deformarlos irreversiblemente. Trasladado a la condición humana, resiliencia significaría la superación de traumas; la capacidad de avanzar, crecer y madurar a pesar de adversidades, fracasos o errores. Ser resiliente depende de la potestad de cada persona para poder avanzar en medio de las dificultades hasta llegar a vencerlas.

Resilencia y “Logoterapia” son términos muy semejantes. “Logoterapia” viene de la unión de dos voces: “logo”: sentido; y terapia: sanación. El término fue acuñado por el psiquiatra y filósofo Víctor Frankl. Durante la Segunda Guerra Mundial, confinado en el campo de concentración de Auschwitz, Frankl vio morir en las cámaras de gas a la mayor parte de su familia. Y, en medio del horror de aquellos lugares de la muerte, fue capaz de idear su teoría acerca de la búsqueda de un sentido para la vida. En su terrible experiencia comprobó que lo único que podía rescatarlo de la desesperación era la visión de una razón para vivir.

Años después escribirá su libro más conocido: *Un psicólogo en un campo de concentración*, traducido luego al español como *El hombre en busca de sentido*. El “sentido” que la persona ha de dar a su existencia tendrá todo que ver con las respuestas que pueda dar a las preguntas que le va planteando la vida: ¿quién eres?, ¿qué deseas?, ¿de qué eres capaz?. Respuestas únicamente descubiertas en libertad, porque el hombre debe, ante todo, asumirse como un ser libre. Libre en sus actitudes, en sus opciones, en su manera de relacionarse con el mundo y de reaccionar ante las circunstancias.

Su concepto de libertad lo explica Frankl en esta frase: “Los que estuvimos en los campos de concentración recordamos a los hombres que iban de barracón en barracón consolando a los demás dándoles el último trozo de pan que les quedaba. Puede que fueran pocos en número, pero ofrecían pruebas suficientes de que al hombre se le puede arrebatar todo salvo una cosa: la última de las libertades humanas: la elección de la actitud personal ante un conjunto de circunstancias para decidir su propio camino”.

No podemos determinar qué nos impondrá el mundo, pero sí escoger como reaccionar ante ello. Saber predecirnos ante lo impredecible, certeramente optar ante las situaciones que se nos presentan, elegir con sabiduría nuestras verdades… Respuestas que tienen todo que ver con nosotros mismos, con eso que esencialmente somos, con la manera en que hemos decidido construir un sentido para nuestro tiempo.

Nuestra felicidad, nuestra plenitud dependerá, pues, del descubrimiento de ese sentido personal. Y, para Frankl, esto estará muy estrechamente relacionado con lo que seamos capaces de crear y de ofrecer a otros. O dicho de otra manera: una de las más contundentes formas de hallar el significado que legitima nuestras vidas –y, junto con ello, la posible felicidad- será a través de nuestra vocación. Lograr, gracias a eso que amamos hacer, influir positivamente en otros seres humanos; de algún modo: serles útiles.